

Omar Dengo, antes que todo un orador, y luego educador



El doctor Bello en plena disertación. A su lado, en primera fila, uno de los hijos de Omar Dengo, el licenciado Omar Dengo Obreaón, acompañado de su esposa, doña Augusta. (Foto González).

Extracto de la conferencia del Dr. Francisco R. Bello.

Volvió el embajador Bello a deleitar a quienes lo escucharon en la conferencia que dictó en el Templo Masónico de San José, y que él tituló "A propósito de Omar Dengo".

La sala de conferencias estaba llena del público que sigue siempre al destacado orador, y de otro nuevo guiado por la amenidad y profundidad que da a sus charlas el señor Bello, cualidades ampliamente difundidas en nuestros medios culturales.

"... Voy a decir algo sobre un hombre de aquí, sobre Omar Dengo, que a pesar de que murió hace cuarenta y dos años, aún permanece joven en el recuerdo de sus conciudadanos.

Y voy a decir algo, aún de quedar comprendido en la cáustica expresión de Yoyo, cuando hablaba "de los que vienen afuera como viento colado, echándose de expertos en todo, porque creo que no obstante sus limitaciones, el extranjero es una especie de "posterioridad contemporánea", que puede abarcar, sin el obstáculo de los detalles, el extenso panorama que se presenta ante su vista, ya que muchas veces, para los que son de aquí, las hojas no dejan ver el bosque. Personalmente, puedo decir que he aprendido más sobre la Argentina leyendo a los viajeros que pasaron accidentalmente por mi país, que leyendo a nuestros propios escritores e historiadores, parcializados, casi siempre, en determinadas ideas o tendencias, derivadas, como es natural, de su experiencia cotidiana.

A través de lecturas desordenadas del reciente pasado de Costa Rica, tres figuras señeras atrajeron mi admiración y mi devoción: Joaquín García Monge, de quien Alfonso Reyes dijo: "qué pasó hablando a media voz cediendo a todos la palabra" y al que podrían aplicarse los versos de Fernando Centeno Güell: "calle para escuchar lo que otros dicen y para oír al Dios que llevo dentro"; Roberto Brenes Mesén, escritor, poeta, educador, filólogo, filósofo; y Omar Dengo. Y elegí a Omar Dengo, por su vinculación con el pensamiento argentino, por su vinculación con Sarmiento, con Lugones y con Ugarte, y porque he querido tomar contacto en el espacio y en el tiempo, con un espíritu con el que me sentía inexplicamente consustanciado.

Omar Dengo fue, a mi juicio, antes que todo un orador, y luego un educador. "Domesticador de palabras", había heredado el lenguaje de los conquistadores, aquella misma lengua incomparable como dice Mujica Ladines, que avanzó por los bosques territoriales y por las planicies taciturnas; ... Pero él domesticó esa lengua sin que perdiera su vigor, para adaptarla a la hora constructiva que le tocó vivir, y tuvo el mágico y difícil don de hacerse escuchar aún por los que no se escuchan sino a sí mismos.

Rafael Cortés Chacón que lo conoció profundamente, lo describe así en su presencia física: "frente amplia, clara, limpia y honda la mirada; el gesto alegre esconde y dibuja la sonrisa pronta, sutil y bondadosa, dispuesta al afecto. La palabra cordial, suave, melodiosa y sencilla, abierta a la amistad y al diálogo. Viste con sencilla pulcritud; pulcra y sencilla es su presencia ante la vida: ante los niños, ante los jóvenes, ante los maestros, ante los ciudadanos. Camina tranquilamente, sin precipitaciones, pero firmemente. Así por los caminos, así por la vida. Pulcritud en el vestir, pulcritud en el pensar, pulcritud en el hablar, pulcritud, perfecta pulcritud en el hacer de su vida...". Amaba los caminos, dice Cortés, las pequeñas poblaciones, las cosas simples y naturales de su patria... y cuando hablaba a las muchedumbres, su palabra alada se adueña del entendimiento de todos los que le escuchan y anida en el corazón para sentir, en algún instante, el nacimiento de la luz. Habla para que le entiendan, para que lo comprendan, para que los que le escuchan sientan algo nuevo en sus propias existencias. Cada alma, junto a aquella gran alma, siente el vigor de sus propios impulsos y crece, crece como si una varita mágica —el milagro de su palabra— despertara sus alas dormidas".

Era Dengo un poco como Hardy Haller, el lobo estepario de la novela de Hernán Hesse, sobre todo en la época anárquica de su vida. El mismo se describe con tintes sombríos, en una carta a Carmen Lyra: "de selva, algo tengo; de selva impenetrable, por la oscuridad espiritual en que vivo, ciego casi a la luz que me rodea. Y por mi carácter abrupto, algo de montaña tengo también. De cumbre, nada, salvo en cuanto a que la cumbre suele sentir voluptuosidad en los latigazos del rayo, que son como sus cilicios... Pero tengo una esperanza, una sola, que me consuela, me fortalece y me redime. Alguna vez, más allá de la presente vida, floreceré en mí el bien y algo devolveré de tanto que ahora se me da. Y si no es cierto que exista el más allá que he visto, es decir, si es ilusión y habré de volver simplemente al polvo, mi polvo será el más humilde de la tierra. Nadie que imprima sobre él sus huellas, sentirá estorbo".

Otra de sus características fue la tristeza. En la misma carta a Carmen Lyra, que he citado, le dice:

Desde hace años mi vida se viene deshilachando en promesas irrealizadas que casi siempre son o han sido pedazos de corazón. Siquiera fuese una bandera enarbolada, poco importaría que el viento la desflecara. Usted señaló mi dolor, y si no supiera yo decir que su mano besa, diría que quema". Es lo que Dante llama "la grande tristeza", la tristeza congénita de los grandes hombres, que no nace de una circunstancia particular, sino de la existencia misma. Omar Dengo era, nada más y nada menos, que su libertad y su existencia misma. Omar Dengo era nada más y nada menos, que su libertad y su tristeza.

Sarmiento, Lugones y Ugarte, son tres nombres caros al pensamiento de Dengo. Dengo se hace educador, después de haber sido anarquista en sus ideas, tal vez por la influencia de García Monge, de Brenes Mesén y de María Teresa Obregón, su esposa. Nada más contradictorio que un anarquista y un maestro. El anarquismo florecía en la época de Dengo, no solamente en Costa Rica, sino en todos los países de América y de Europa; pero fuera de aquí, el anarquismo era sinónimo de violencia, de atentados terroristas, de magnicidios, casi siempre realizados por jóvenes, naturalmente descontentos con el orden establecido o simplemente con el orden. En Costa Rica, no. En Costa Rica era ideológico y jamás degeneró en la emboscada alevosa, tal vez por la naturaleza misma del costarricense. En Costa Rica, según entiendo, las abejas no tienen agujón, yo no sé si porque provienen de las abejas mansas de Hungría, importadas a mediados del siglo pasado o por una benéfica influencia telúrica que se extiende sobre personas y animales. Aunque hay quien dice también, que no hay revoluciones, para no quebrar los vidrios del Teatro Nacional...

Lo cierto es que Dengo, como García Monge, se hizo sarmientista. Y Dengo, teósofo, espiritualista, era también, como Sarmiento, un religioso liberal, si se me permite la expresión. Sarmiento, era, como Dengo, un descontento constructivo, y si Dengo alguna vez odió a los explotadores y a los hipócritas, no fue por maldad intrínseca, sino porque como dice Gerki, la vida está hecha con arte tan diabólico, que sin saber odiar no es posible amar sinceramente.

La religión de Sarmiento era la escuela, afirma Dengo, y esa era también la suya, en los últimos años de su vida. En su famoso diálogo entre América y el Maestro, cuando el Maestro pregunta: "¿de dónde tu luz?" América le responde: "encendiola Sarmiento". Cree que el problema cardinal de la época es el de la educación y que la solución de los conflictos sociales fracasarán con fragor de tempestad si son referidos únicamente a condiciones económicas. "Invoqué, dice Dengo, a los grandes de América, a Bolívar, y a Sarmiento. Pude haber recordado a muchos otros, pero aquellos bastaban a iluminar la pobre palabra del maestro de escuela que quería hacer sentir la grandeza de la educación. Pero era demasiada luz para mis ojos y apenas pude presentir al uno derramando libros y escuelas en las grietas de Los Andes, para que de aquellos surcos brotara el pueblo argentino.

Y cuando realiza su único viaje al exterior, Dengo se va a Boston con Octavio Jiménez, que entonces era Juan del Ca-

mino, para rendir homenaje a Emerson y a Horacio Mann, los dos grandes amigos que Sarmiento tuvo en los Estados Unidos.

A fines del siglo pasado, en una población de 240.000 habitantes, había en Costa Rica un 70 por ciento de analfabetos. Y Dengo se lanza, como Sarmiento, al combate contra la ignorancia. Llegué a creer, afirma, que redimir al hombre de la miseria, sin redimirlo de la pasión y del vicio y de la ignorancia, no es ninguna seria solución de ningún problema. Lo mismo pensaba Bolívar: un pueblo ignorante, es el instrumento ciego de su propia destrucción. He hablado antes del anarquismo ideológico de la juventud de Omar Dengo, que hizo sus primeras armas en el Centro Germinal, cuyo hombre fue tomado, seguramente, de la novela homónima de Emilio Zola. Zola era famoso entonces, no sólo por sus novelas realistas, sino por su formidable "J'alluse" con el cual confundió a los enemigos de Dreyfus, el judío que, como escribía Lugones, "tuvo entre todas sus desventuras, la de hartarse de luchar a pesar de su propia ley". La cuna del anarquismo había sido la Internacional de Trabajadores, fundada por Bakounine y Eliseo Reclus. En "Mi anarquismo claudicante", Dengo comenta su participación en el Centro Germinal: "Ella se expandía, dice, en una vasta ansiedad de luz, y su sed se llenó con el fulgor rojo de aquel fuerte pensamiento demoleedor que agitaban los Bakounine, los Kropotkine, los Gorki, Luis Michel, y cien príncipes más de la revolución social. Era la hora del anarquismo en el mundo y las más fuertes juventudes empuñaban el pendón rojo. En el continente, continúa, los Lugones y los Ingenieros, en La Montaña, nos habían dado con Gbirilado y Angel Falcó el ejemplo". Lugones había proclamado su anarquismo en uno de los versos de las Montañas del Oro: "Su boca abierta relumbra, roja, como el vientre caldeado de un brasero, como la gran bandera de venganza, que corona las iras de mis sueños" y José Ingenieros lo había hecho prácticamente dedicando su tesis de profesor al portero de la Facultad.

De allí nació, tal vez, la simpatía de Dengo por Lugones.

Petro, Dengo, como Lugones, era teósofo y era espiritualista y su anarquismo ideológico se transformó en vocación educacional, porque consideró que el mejoramiento del país, obedecía, más que a las instituciones, a la bondad intrínseca del hombre. Confío más en los hombres que en las instituciones, diría él, coincidiendo con el pensamiento balivariano: "los edictos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados, constituyen la República".

Por amor a Cristo, el anarquismo de Dengo se trocó en amor humano. "Cristo, era, se-

gún Dengo, un ser de luz, de amor, de dolor, el cual vivió poco tiempo y dijo con belleza, pocas palabras. Un día, convirtió un poco de agua en vino y el vientre de una prostituta en lámpara votiva; fue perseguido y murió martirizado para hacer sentir a los demás hombres con una tragedia que los horrorizara, que eran hermanos y que el perdón los uniría. Y para hacerlos comprender que la fraternidad, flor de la conciencia, daría el fruto de que se nutren los espacios y los tiempos, los universos y los dioses. Era un camino, una vida y una verdad. Era un camino blanco y luminoso...".

Y Dengo cambió, así, su actitud ideológica, para dedicar la última etapa de su vida constructiva, en forma total, a la educación y a la escuela. "Yo sí cambié de ideas, dijo. Abandoné la tribuna del taller y vine hacia la tribuna del aula, a servir a los humildes... y nada me satisface más que saber que la señorita más rica y más distinguida y el varón más pobre y de más modesto origen, en mi espíritu son hermanos. Y cambié de ideas en otro sentido. Llegué a creer que el odio y la violencia, la bondad y la daga, y la llama, no resuelven nada. Nada que pueda ser permanente".

En este mundo varío e inconstante, constancia suele ser cambiar de idea, según los célebres versos de Torcuato Tasso, Dengo, como Lugones, tuvo el coraje de cambiar de ideas y de proclamarlo... Cuando Dengo llegó a la tercera etapa, con la valentía y la claridad que ponía en todas sus cosas, lo declaró francamente, en "Mi anarquismo claudicante", una de las páginas más hermosas, tal vez, que se hayan escrito en Costa Rica.

Pasaremos, dice Alberto Baeza Flores, porque lo hermoso es pasar. En Heredia, donde transcurrieron los últimos años de su vida, se despidió Omar Dengo de su familia, de sus amigos y de sus discípulos, a la hora en que los hombres se despiden, dando la gran lección de dignidad ante la muerte. Sabe que va a morir, y como él era filósofo y conocía, con Platón, que filosofar es aprender a morir, se dispone a hacerlo como filósofo y como cristiano. Para Dengo, Cristo es el Logos, de quien ya habla dicho Platón que estaba en forma de cruz sobre el Universo, y por eso, luego de consultar con su amigo, José Basileo Acuña, abraza al Crucifijo y recibe los Santos Oleos de las manos de Monseñor Benavides.

No voy a describir el sereno proceso de su despedida terrenal, porque es de todos conocido. Solamente quiero destacar una de las cosas que dijo en el momento del tránsito: "Fuf a la gloria, y me devolvieron porque llegué llorando".

De ahí su gran lección de fortaleza y optimismo. Lección que no debemos desoir los que llamamos a la tierra "un valle de lágrimas". Lección de esperanza en esta vida y en la otra, que nos dio el maestro con su palabra y con su ejemplo.